

La Lectura Popular

PUBLICACION QUINCENAL DEDICADA Á LAS CLASES TRABAJADORAS.

LECTURAS POPULARES

PRIMERA COLECCION DE LOS ARTICULOS
DE

«LA LECTURA POPULAR»

CON UN PRÓLOGO DE DON FELIX SARDÁ Y
SALVANY.

Esta obra se halla de venta en las principales librerías al precio de **una peseta** en toda España, franca de porte. Al que tome **doce** ejemplares se le regalarán **dos**, y al que tome **ciento** se le regalarán **veinte**.

Los pedidos, acompañados *precisamente* de su importe, al Editor, **D. José del Ojo y Gómez**, calle de San Bernardino, 10, segundo, derecha, **Madrid**.

ADVERTENCIA

Se ha puesto á la venta el **segundo tomo en las mismas condiciones que el primero**.

SECCION RECREATIVA.

UN EPISODIO.

Antes de amanecer el día de la Asunción del año 1334, un cojo, que á pesar de su enfermedad andaba con paso fuerte y acelerado, descendía por la gran calle de Santiago al barrio de la Universidad; vestía el traje de los estudiantes pobres, aunque aparentaba haber llegado por los años á la mitad de su vida; pero en vez del tintero que llevaban de ordinario los de su oficio, no tenía otra cosa al lado que su rosario. Una gruesa cuerda pasada por encima de su viejísima capa sostenía un morral de tela, arma excelente para andar de noche por París, mejor aún que la espada ó el palo, porque los rateros nunca saltéan á los mendigos.

En el momento que costea nuestro estudiante el pretil del puente desierto, dieron las tres de la mañana en el reloj de la Santa Capilla. Volviendo los ojos hácia lo alto del Sena, poblado de casas negras, saludó con la señal de la cruz la cuadrada mole de Nuestra Señora. Ninguna claridad anunciaba la aproximación del día.

Es la hora en que todo duerme en París, lo mismo en el siglo XVI que en el siglo XIX. Al atravesar la ciudad á lo largo de las callejuelas intrincadas á manera de una red que envuelven los mer-

cados, nuestro estudiante con su morral, no halló un alma hasta la puerta de Montmartre, colocada en los alrededores de la calle de Mallo.

La barrera estaba cerrada. El guarda de noche preguntó al cojo: ¿dónde va usted? El cojo le respondió: Voy á la capilla del Santo mártir á celebrar la fiesta de la siempre Virgen María.

El guarda dijo: tiempo de sobra le queda á usted hasta la hora de la primera Misa. Tome usted á la derecha por la vereda de los Poissonniers pues el otro camino mas ancho está atajado por los trabajadores de las aguas de Porcherons. El cojo tomó la vereda de los Poissonniers atravesando aquellos bosquecillos, en los cuales debía establecer el siglo XVIII toda una ciudad de figones filosóficos, bajo el nombre de la nueva Francia, y llegó á Montmartre del lado de Oriente por los campos que se extendían entre la aldea de la Capilla de San Dionisio y el lugarejo de Clignancourt, en el punto llamado Fontanelle, y también la Fota de Agua, que el pueblo ha dado en llamar la Fota de Oro.

Por el escarpado sendero de Fontanelle fué por donde ganó la cumbre de Montmartre.

Reinaban todavía las sombras, cuando al llegar á lo alto ocupado por el cementerio, detrás de la iglesia parroquial, en el lugar donde se han hechado actualmente los cimientos de la Basílica ofrecida al Corazón de Jesús por el voto de Francia, se detuvo fatigado, miró en torno suyo, y exclamó: Soy el primero en acudir á la cita.

Y se puso á descansar, no sentado ó recostado, sino de rodillas, para rezar el Rosario.

Todo era silencio en aquella desnuda cresta; sólo el viento de las noches de estío pasaba dulce y sereno. Aun dormía la aldea de Montmartre, que derramaba sus primeras casas á derecha é izquierda de la iglesia. Nada se veía sobre la redonda superficie de la cuesta entre nuestro estudiante y el muro del cementerio, sino algunos bultos negros é inmóviles: piedras, quizá, como aquellas de que están sembrados los campos drúidicos.

Sonaron las cuatro en el reloj de la iglesia, y en seguida el repique de la

abadía llamó al oficio de matines.

Entonces levantóse uno de los bultos que parecían piedras, después dos, después todos. Eran seis; y levantándose á su vez el estudiante cojo, exclamó: ¡bendito sea Dios, créame el primero, y he sido el último!

Al levantarse el sol iluminó á aquellos jóvenes que rodeaban á nuestro estudiante, el cual era de más edad que ellos y tenía el aire de un maestro en medio de sus discípulos. Llamábase Ignacio de Loyola.

Los que rodeaban, pues, á Ignacio de Loyola aquella mañana en el lugar de la cita eran Pedro Lefèvre, sacerdote; Francisco Javier, Diego Lainez, Alonso Salmeron, Micolás de Bobadilla y Simon Rodriguez Acevedo, estudiantes. Todos debían tener gran parte, aunque no igual, en la gloria de su maestro.

El más viejo, Lefèvre, tenía veinticuatro años; el más joven, Salmeron, llegaba apenas á los diez y ocho.

Ignacio de Loyola cumplió, en efecto, su promesa: habló en medio de aquel grupo de almas escogidas que le escuchaban con entusiasmo.

He aquí algunas de sus generosas y hermosísimas palabras: «Hermanos é hijos míos, estareis impacientes porque desde hace días aguardais algo de mí, pero también yo vengo esperando con paciencia hace catorce años. Catorce años ha que levanté mis ojos al cielo y los bajé hacia el mundo, investigando lo que el cielo prepara al mundo y lo que éste medita contra el cielo.

«No os pregunto si quereis combatir. ¿Para qué? sé que vuestra voluntad se entrega á la voluntad de Dios. Y sé que sois la *Compañía de Jesús*. Así os llamaréis: oidme, no temais vosotros ese nombre, Dios os lo dá.

«Alcanzareis triunfos tan espléndidos, que temeroso el odio se levantará en torbellino á vuestro alrededor, como el agua agitada y espumosa cuando se introduce en ella el hierro enrojecido.

«Y sufrireis reveses tan terribles, que vuestros enemigos os darán con el pie creyendo que pisan vuestro cadáver.

«Entonces no le herireis; y, sin embargo, caerán derribados... Nunca herireis.

«Iremos como nuestro Divino Maestro andaba por Judea, con los brazos abiertos y el corazón también. Nosotros somos hoy lo que ayer era yo solo: la Compañía fundada para llevar la Cruz de Jesús.

«Cada uno de vosotros caerá á lo largo del camino, agobiado bajo el peso de esa carga dulce y terrible, es cierto, ¿pero qué importa? La obra vivirá y prosperará. Lo sé.

«La Compañía de Jesús vencerá en Jesús y por Jesús.

«Algunos extraviados hay ya que vacilan y preguntan por el camino derecho; nosotros se lo mostraremos: mas esto es poco.

«Hay también multitud de almas que los niños, los tiernos niños, de quienes Jesús decía: «Dejadlos venir á mí;» daremos la mano á estos niños para llevarlos á Jesús; esto también es poco por ahora, aunque sea mucho para después.

«Pero existen otras muchedumbres de almas imposibles de contar, como las arenas de las playas, que viven en las tinieblas al otro lado de los mares... Javier, veo que brillan tus ojos; sé que te parte el corazón el relato de los viajeros que dicen cómo pesa el yugo del demonio sobre las Indias, el Japon, China, Africa, América: en una palabra, sobre la mayor parte de la tierra.

«Javier, tú iras, nosotros iremos, la Compañía de Jesús irá á pagar con el precio de la sangre de sus mártires tantas almas como la Iglesia ha perdido en el naufragio de la Reforma, y el doble, y el triple, de tal suerte, que el rebaño del Buen Pastor se llenará y acrecentará.

«Ha llegado la hora de oponer á las revueltas olas un dique formado con corazones puros. No basta la oración, es menester obrar. Tiempos atrás reuniéronse otros para imitar á María la de Betania en su piadosa contemplación á los pies de Cristo. Dichosos ellos, alabémosles, pero no nos limitemos á imitarles.

«Tócanos á nosotros ser los hijos de la hacendosa Marta. Seremos Sacerdotes al mismo tiempo que Religiosos, y desempeñaremos todas las funciones de los Sacerdotes. El estudio, el confesonario, el púlpito, la escuela y la limosna; tanto el pan espiritual como el temporal; esa es nuestra misión.

«Combatir el mal presente, preparar el bien para lo porvenir, llevar la divina palabra hasta el corazón del cisma y á todas partes donde se ataque la verdad: ir á buscar el error y la ignorancia hasta los confines de la tierra, enseñar á los pequeñitos á deletrear, á los adolescentes á creer, á los mozos á pensar, á

los hombres y á las mujeres, á todos, á amar á Dios, la patria y la familia; enseñar la clemencia á los poderosos, á los débiles la resignación, compañera de la esperanza; á los ricos la generosidad, á los pobres el perdón; en fin, á todos, la santa ley de la caridad, esa debe ser nuestra vida.

«A la rebelión oponemos nuestro voto de obediencia, al egoísmo codicioso nuestro voto de pobreza, á la ambición y al orgullo nuestro voto de humildad.

«A nadie pediremos dinero por los servicios que prestemos, y, sin embargo nos tratarán de avaros, porque seremos calumniados de todos los enemigos de la Iglesia.

«A pesar de no tener salario alguno, nuestra pobreza levantará grandes edificios y distribuirá muchas limosnas.

«Maravillados de esto, nos acusarán. Pero nosotros seguiremos adelante con la cabeza baja como si no se nos insultara, y amaremos á los que nos hayan ultrajado como á nosotros mismos por el amor de Dios.

«A causa del milagro de nuestra pobreza, seremos ladrones á los ojos de los hombres; á causa del milagro de nuestra caridad, seremos hipócritas; á causa del milagro de nuestra humildad, seremos cobardes.

¡Gloria á Dios!

«Ni siquiera nuestra muerte será poderosa á desarmar la injuria y el sarcasmo: se dirá de nosotros, como se dijo del divino Maestro Jesús, que hemos «desempeñado nuestro papel hasta el fin,» y que nuestro último suspiro es nuestra última mentira. ¡Gloria, gloria á solo Dios!

«Somos los soldados de Aquél que glorificaba el oprobio. ¡Alabado sea el Señor! Por lo mismo que nuestra desnudez será una riqueza y nuestra supuesta cobardía un valor sobrenatural, cuando perezcamos aplastados disfrutaremos de un poder incomparable.

«Bajo los pies de nuestros enemigos vendrán á buscarnos los reyes y los pueblos. ¡Señor; apartad de nosotros el orgullo, así en las gradas de los tronos como en el fondo de nuestra miseria! ¡Gloria á Dios! ¡Todo para gloria de Dios! ¡A la mayor gloria de Dios!»

Hincóse de rodillas, y los seis le imitaron. Ninguno de ellos había hablado todavía. Ignacio juntó las manos, elevólas y dijo en latín:

—Jesús pacientísimo.

Los otros respondieron:

—Tened piedad de nosotros.

—Jesús obedientísimo.

—Tened piedad de nosotros.

—Jesús dulce y humilde de corazón.

—Tened piedad de nosotros.

Oremus.—¡Oh Dios! haced que la casa de vuestros siervos sea fundada para bien de todos y no sólo para vuestro propio bien, á fin de que dando vuestros siervos su vida por la salud de los hombres en Jesucristo, *no cesen nunca de ser perseguidos* para vuestra mayor gloria, Vos que vivís y reináis por los siglos de los siglos. Así sea.

Y habiéndose santiguado, se levantaron.

El día era magnífico. Las gentes de los lugares subían por los varios senderos para oír Misa en la abadía parroquial. Ignacio y sus hijos tomaron la izquierda de la iglesia por el campo que bajaba del cementerio á la Capilla del mártir, situada en el punto que dijimos, y cuyos alrededores se hallaban entonces desiertos. Luego entraron solos en la cripta que estaba preparada para el Santo Sacrificio. La tradición fija en las nueve la hora en que Pedro Lefèvre celebró.

«Después de haber ayunado y orado en comun, dice Cretineau Joly, reuniéronse el 15 de Agosto de 1534 en una capilla subterránea de la iglesia de Montmartre, donde fué decapitado San Dionisio. Era la fiesta de la Asunción de la Virgen. Ignacio escogió este día para que la sociedad naciese, en el seno mismo de María, triunfante. Allí, aquellos siete cristianos, á quienes Pedro Lefèvre, ya Sacerdote, había dado con sus manos la Comunión, hicieron voto de castidad. Obligáronse á guardar perpétua pobreza, prometieron á Dios que una vez terminado el curso de Teología, irían á Jerusalem; pero que si trascurrido un año no les hubiera sido posible llegar á la ciudad santa, irían á echarse á los pies del Soberano Pontífice para pedirle que aprobase su Orden y recibir sus instrucciones.»

Esto fué todo: la Compañía de Jesús estaba fundada.

Pablo Feval.

EL ÚLTIMO MONGE DE S. AUBIN

La abadía de San Aubin era rica. Cuando llegó la revolución del siglo pasado, los monges no emigraron. En aquella época eran poco numerosos y no ocupaban más que una de las alas de su vasto monasterio cuyas celdas tenían todas su entrada por la misma galería.

Una noche de invierno, los revolucionarios asaltaron el convento, sorprendiendo á sus moradores, excesivamente confiados. Todos ellos fueron asesinados sin miseri-

cordia, excepto uno, el mas jóven, que ocupaba la última celda y pudo escaparse antes de que los invasores llegaran á ella.

Apenas hubo dado algunos pasos fuera del monasterio, aquel jóven religioso pensó que muy pronto darían con él, y valía más prepararse á morir cristianamente, que no fratar de huir para prolongar unos instantes la vida. Púsose por tanto de rodillas, esperando á sus perseguidores; pero estos no llegaron.

Al cabo de algunas horas, rendido por la fatiga y atormentado por el hambre y el frío, el monge se levantó y marchó tranquilamente en busca de un lugar que pudiera servirle de refugio; encontrándolo muy pronto en la cabaña de un pobre paisano, que lo tuvo oculto mientras duró la persecución.

Cuando se restableció la calma volvióse á su monasterio. Desde la noche sangrienta de la invasion, este había quedado desierto; el terror lo defendía y nadie se había atrevido á penetrar en él. El religioso halló los restos de sus hermanos, en el mismo sitio en que los asesinos los habían dejado. Comenzó por darles sepultura, y luego se instaló nuevamente en su celda. Allí vivió muchos años con algunos antiguos servidores, que como él habían regresado al monasterio despues de disipada la tormenta. Este último monge de San Aubin era un hombre de aspecto severo, que hablaba poco y á quien rara vez se veía sonreír.

Una noche, dos viajeros sorprendidos por una espantosa tormenta, llamaron en la abadía. El monge avisado por el portero salió á recibirlos, cunpliendo con ellos este primer deber de la hospitalidad, segun la antigua costumbre. Uno de los dos era un hombre de cierta edad, de aspecto repulsivo, y que parecía preocupado y casi temeroso; el otro, jóven de veinte años, era su hijo.

Despues que hubieron descansado y reparado sus fuerzas, comiendo y bebiendo con excelente apetito, junto á un buen fuego; el padre manifestó su propósito de continuar la marcha. La tempestad duraba todavía, y el religioso les aconsejó que pasaran la noche en el convento: este era tambien el deseo del hijo.

—Mi padre no queria entrar, dijo sonriendo, temeroso de ser mal recibido, y si he llegado hasta la puerta de la abadía, ha sido contra toda su voluntad.

—Es cierto, replicó el otro, y estoy sumamente reconocido por la buena acogida que se nos ha dispensado. Sin embargo, yo no quisiera pasar aquí la noche.

Y al decir esto, parecia contrariado y como asustado; balbuceando al hablar, no obstante sus esfuerzos por parecer tranquilo. El religioso insistió:

—Seguramente, dijo, no ha de costarnos trabajo prepararos una haditacion; tenemos muchos vacantes, porque apenas hay sitios ocupados en las filas. En la época de la revolucion...

—Si, si, se apresuró á añadir el viajero

de más edad, he oido hablar de todo eso. Pero la tempestad ha pasado, podemos partir.....

Un trueno espantoso y el ruido del huracan que se desencadenaba le cortaron la palabra, haciéndole palidecer. El monge lo contemplaba atentamente...

—¿Oís, padre mio? dijo el jóven. ¿Qué vá á ser de nosotros á estas horas por esos caminos, con un tiempo tan cruel?

—¿Qué hora es pues? exclamó el padre, cada vez más turbado y más pálido.

Y al mismo tiempo consultó maquinalmente su reloj. El monge extendió su mano y cogió con aire de autoridad aquel reloj, que había reconocido al primer golpe de vista. Era el mismo que algunos años antes dejara en su celda, al abandonarla huyendo de los asesinos. Lo tuvo un instante, como para mirar la hora que marcaba, y lo volvió al extranjero, sin manifestar la más lijera emoción.

—Permaneced aquí, dijo al jóven. Acostaos y descansad tranquilamente en ese lecho, que fué el del último abad de San Aubin.—Vos, añadió dirigiéndose al padre, venid conmigo; os llevaré á otro cuarto, en que tal vez podreis dormir.

La voz del religioso era tan grave y su aspecto tan imponente, al decir esto, que el hombre á quien se dirigía se levantó, pronto á seguirlo, sin decir una palabra. El religioso lo condujo hasta el fin de la galeria en que estaba situada su celda; la celda de que huyó la noche de la invasion.

—Aquí, dijo al viajero, cuando llegaron, el descanso os será quizá menos difícil.... en esta celda no hubo sangre derramada.

—El viajero, pálido como un cadaver, cayó de rodillas.

El último monge de San Aubin le dió su bendicion.

—Descansad, hermano mio, le dijo olvidando que aquel hombre había sido uno de los asesinos.

Ved aquí cómo vengan los monges sus agravios.

(De El Pilar)

SECCION INSTRUCTIVA.

ESTUDIOS POPULARES

DE HISTORIA SAGRADA.

(Continuación.)

41. El perdon de las injurias. — El criado inhumano.

Perdónanos nuestros pecados así como nosotros perdonamos á nuestros deudores.

Lúcas 11. 4.

Prosiguó Jesús enseñando y dijo: «Si tu hermano ha pecado contra tí: véte y repréndele, pero á solas.» Entonces preguntó el Apóstol Pedro al Salvador: «¿Señor, cuantas veces debo perdonar á mi hermano al haberme ofendido? ¿Acaso siete veces?» Respondióle Jesús: «No siete veces, sino setenta veces siete ve-

ces.» Para enseñar de como se había de perdonar propuso la parábola siguiente: «El reino de los cielos es comparable á un rey que quiso tomar cuentas á sus criados. Habiendo empezado á tomarlas le fué presentado uno, que le debía diez mil talentos, y como no tuviese éste con qué pagar mandó su señor que fuesen vendidos, él, su mujer y sus hijos con toda su hacienda, y se pagase así la deuda. El criado, arrojándose á sus piés, le suplicó diciendo: Señor, ten un poco de paciencia, que todo te lo pagaré. El amo compadecido de aquel criado, le dejó libre y le perdonó la deuda. Mas, apenas salió este criado se encontró con un compañero suyo, criado tambien, que le debía cien denarios, y agarrándole por la garganta, le quería ahogar, diciéndole: Paga lo que me debes. El compañero se postró á sus piés y le rogó diciendo: Ten un poco de paciencia conmigo y todo te lo pagaré. Mas él no quiso, sino que se fué y le hizo meter en la carcel hasta que le hubiera pagado cuanto le debía. Viendo los otros criados lo que pasaba se contristaron mucho y fueron á contar á su amo todo lo que había sucedido. Entonces llamó el señor al criado desapiadado y le dijo: ¡Oh criado inicuo! toda la deuda te perdoné, porque me lo suplicaste: ¿pues no debías tú tambien haber tenido compasion de tu compañero, así como yo la tuve de tí? El irritado señor le hizo entregar en manos de los atormentadores, hasta que hubiera pagado toda la deuda. Del mismo modo hará tambien con vosotros mi Padre celestial, sino perdonais de todo corazón á vuestros hermanos.»

43. Grande poder dado á los Apóstoles.

Con toda tu alma teme al Señor, y reverencia á sus sacerdotes. *Eclesiástico 7. 31.*

En aquel mismo tiempo dijo Jesús á sus Apóstoles: «En verdad, os digo que todo aquello que atáreis sobre la tierra, atado será tambien en el cielo, y todo lo que desatáreis sobre la tierra, desatado será tambien en el cielo.»

«Todo aquel que no oyere á la Iglesia, que sea tenido por gentil y por pecador público.»

Quien no escucha á la Iglesia, le sucederá como á los contemporáneos de Noé que despreciaron las amonestaciones de Dios: perecerá.

VARIEDADES

NO HAY TU TIA.

Dicen los libre-pensadores que cuanto más grande y fuerte es el hombre, menos necesita la religion.

Mentira y gano.

Napoleon ha sido el hombre de más calzones que se ha paseado por Europa. Pues he aquí lo que acerca de sus últimos momentos refiere Michaud, historiador de su vida.

«Napoleon en los últimos momentos de su vida no se ocupó más que de deberes de piedad, de suerte que no permitía que el Pbro. M. Vignali se ausentase un solo instante de él. «Nací, decía, en la religion católica; quiero cumplir los deberes que me impone, y recibir todos los consuelos y auxilios que puedo aguardar de ella.» Habiendo notado en su médico algunas señales de desaprobacion, le dijo con energía: «¿Puede V. no creer en Dios? Todo proclama su existencia; y los más grandes genios han creído en él...» En otra ocasion riéndose dicho doctor á carcajada suelta y del modo más indecente de los preparativos que el emperador habia mandado hacer para una ceremonia religiosa, reprehendiéndole Napoleon tan rudamente y en términos tan enérgicos, que Marchand que los oyó, no se atrevió á repetirlos.—El 29 de abril, llamando al Pbro. M. Vignali, decía: *si, quiero al sacerdote conmigo, dejadme solo con él, y no digais nada.* Introducido así el sacerdote junto al lecho de Napoleon, y permaneciendo solo con él, ejerció las funciones de su ministerio. Despues de haberse confesado humildemente, el emperador poco antes tan orgulloso, recibió el santo Viático y la Extremauncion, y pasó toda la noche en oraciones y en actos de piedad tan tiernos, como sinceros. El día siguiente por la madrugada, yendo á verle el general Montholon, le dijo con tono afectuoso y lleno de contento: «general, soy dichoso; he llenado mis deberes; te deseo la misma dicha en la hora de la muerte. Yo tenia necesidad de esto, pues soy italiano, hijo de Córcega. El sonido de las campanas me conmueve; la vista de un sacerdote me da gran placer. Quería hacer un misterio de todo esto; mas no conviene ya; debo, y quiero dar gloria á Dios.»

Hasta aquí Michaud.

Ahora preguntamos nosotros á los libre-pensadores:

—¿Qué les parece á ustedes, caballeros? ¿Por qué se convertiría á última hora Napoleon y levantaría los ojos al cielo? ¿Sería por cobardía? ¿Sería por ignorancia? Ni una ni otra cosa podía ser tratándose de un hombre de su temple y de su talento.

—¿Pues qué pudo ser?

—Lo contrario de lo que suponen los libre-pensadores. Esto es: que la religion es una gran verdad y que las grandes verdades, tarde que temprano, se imponen á todos los hombres sin escepcion, sean grandes ó pequeños, sabios ó necios, ilustrados ó ignorantes.

No hay tu tía.

Y desgraciado de aquel á quien no se imponen.

Ese es un ciego que jamás verá ya la luz;

es un réprobo á quien no ha podido ablandar la misericordia.

De esos se encarga luego la justicia.

A. C. y G.

DIOS O EL MUNDO

(FRAGMENTO.)

Dirás que al mundo prefieres
Porque en todo te da gusto,
Y que Dios, como tan justo,
Te veda muchos placeres:

Si desengañarte quieres,
Es preciso que repares,
Que éstos gustos que á millares
Brinda el mundo á sus clientes,
Son contentos aparentes
Envueltos en mil pesares.

El mundo te da por paga
De un momentáneo placer
Quizas pronto el padecer
Hecho tu cuerpo una llaga:

Cuando parece que halaga
Placentero y liberal,
No te ofrece otro jornal
Porque lo quieras servir,
Que el darte para morir
La cama de un hospital.

Si á las riquezas te inclinas,
Traidor el mundo aparata
El cederte cuanta plata
Tienen las Indianas minas:

A la América caminas
Con el fin de atesorar,
Y cuando piensas pescar
En él mar tu feliz suerte,
Te vas tragando la muerte
En cada golpe de mar.

Si pretendes el consuelo
De desahogar un enojo,
Castiga el mundo tu arrojo
Con los peligros de un duelo:

Cuando vas con más anhelo
A dar venganza y castigo
Al que audaz trabó contigo
Una contienda reñida,
Arriesgas tu propia vida
Por dar muerte á tu enemigo.

Si los laureles y honores
Buscas de Minerva ó Palas,
Debes en las antesalas
Regarlos con mil sudores:

Si á costa de sinsabores
Logras el costoso honor,
Lo que con tanto rubor
Consiguen tus ansias, es
El que te llamen *Marqués*,
O el que te digan *Doctor*;

El mundo á sus candidatos
No les dá, ni más ni menos
Que almibarados venenos
En ricos dorados platos:

Aunque á la vista son gratos,
Y encantan con su hermosura,
Cuando gustarlos procura
El hambre de una pasion,
Siente luego el corazon
Los dejos de su amargura.

En cambio quien sirve afable
A Dios eterno Señor,
Logra siempre en su interior

Una paz imperturbable:
¡Qué libertad tan amable
Goza un corazon cristiano!
Pero el infeliz mundano,
Esclavo de sus delirios,
¿Qué ha de hallar sino martirios
En un mundo el más tirano?

El mundo promete inmensas
Dichas, que no dá jamás;
Dios te promete y dá más
Gracias, que las que tú piensas:
Del mundo las recompensas
Son groseras y mezquinas;
Mas las promesas divinas
Ofrecen, siempre inmutables,
Dichas las más apreciables,
Gracias las más peregrinas.

Si el mundo ofrece un contento,
Lo dá siempre acompañado
De susto, inquietud, cuidado,
Afan y remordimiento:
Mas si procuras atento
Dar solo á Dios obediencia,
Aun haciendo penitencia
Lograras paz que no daña,
Y el gran gozo que acompaña
Siempre á la buena conciencia.

MÁXIMAS

Seis son las cosas que abomina el Señor, y otra además le es detestable.

Los ojos altaneros, la lengua mentirosa, las manos que derraman la sangre inocente. El corazon que maquina perversos designios, los piés ligeros para correr al mal.

El testigo falso que forja embustes, y el que siembra discordias entre hermanos.

Observa, hijo mio los preceptos de tu padre, y no abandones la ley ó los documentos de tu madre.

Tenlos siempre grabados en tu corazon, y sirvante como de collar precioso.

Cuando caminares vayan contigo, guardente cuando durmieres, y en despertando conversa con ellos.

LA LECTURA POPULAR.

Esta publicacion tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa, presentándola bajo formas amenas y ligeras para que se propague más fácilmente.

La suscripcion se hace por acciones medias acciones, cuartos y octavos de accion.

Cada accion da derecho á recibir cien ejemplares de cada número ó sean doscientos periódicos al mes, que el accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, operarios, feligreses, etc. ó manda distribuir por las aldeas, huertas, caseríos, fábricas, escuelas, establecimientos penales y otros centros.

PRECIOS DE SUSCRICION DIRECTA

Una accion. 4 ptas. mensuales
Media 2 » »
Un cuarto id. 1 » »
Un octavo id. 50 cénts.

Por medio de corresponsal 25 cénts. de peseta más por accion.

Se suscribe en la direccion de este periódico BELLOT, 3, ORIHUELA. En Madrid en la de la Semana Católica, Villanueva, 6 bajo; y en todas las librerías católicas de la Península y en Cuba, «La Historia», Remedios.